Séneca y América
Análisis de un presentimiento literario

Las utopías geográficas que *presienten* un Nuevo Mundo, desde la antigüedad clásica y la Edad Media hasta la exploración y conquista de los territorios americanos por parte de España, alimentan una doble visión del mito del oro. Por un lado, los países legendarios donde se objetiva la riqueza y el poder que genera el codiciado metal —El Dorado, El Paititi, la Ciudad de los Césares— fundan la dirección de una aventura hacia lo desconocido y una geografía de lo imaginario marcada por el ubicuo signo del oro mítico. Pero, simultáneamente, América permite el feliz reencuentro en su territorio de la Edad de Oro perdida en el Viejo Mundo. Los primeros pasos de la aventura americana del hombre occidental oscilan en forma contradictoria entre estos extremos, en los que el oro es, al mismo tiempo, «el botín y el prodigio».[1]

La propia empresa de Cristóbal Colón está marcada por esa ambivalencia. ¿No anota acaso— el descubridor de América un ejemplar del *Imago Mundi* de su propia mano con las indicaciones sobre las piedras preciosas y los tesoros de las míticas islas de la antigüedad que espera encontrar en las Indias Occidentales, mientras escribe en su *Diario* y en las *Relaciones* de sus viajes su progresivo convencimiento de estar investido de una misión espiritual estrechamente aliada al *hallazgo* del Paraíso Terrestre en tierra americana?

Pero si el mito aparece inequívocamente bajo este doble signo es posible preguntarse: ¿Cómo pudieron aliarse en una misma empresa misiones tan contradictorias como lo eran la de la recuperación de la Edad de Oro y la de la conquista del país de El Dorado?

¿Hallazgo o descubrimiento de América?

En este ensayo nos proponemos encontrar una interpretación al doble signo del oro en el descubrimiento de América. Para ello partiremos de unos de los *presentimientos literarios* más significativos del Nuevo Mundo: los famosos versos finales del Acto II de la tragedia *Medea* de Séneca:

> Tiempos vendrán al paso de los años en que suelte el océano las barreras del mundo y se abra la tierra en toda su extensión y Tetis nos descubra nuevos orbes y el confín de la tierra ya no sea Tule.[2]

[1] *En «Les utopies geographiques».* Le principe esperance *por Ernst Bloch. Gallimard, París, 1982; vol. II, pp. 361-417; se desarrolla esta sugerente teoría.*

[2] Medea *(volumen I de las* Tragedias *de Séneca. Biblioteca Clásica Gredos n.º 26, 1979; p. 308). Las citas siguientes del texto de Séneca corresponden a esta edición.*

Séneca (obra de Barrón). Ayuntamiento de Córdoba

En ese breve texto, escrito en los inicios de la era cristiana, está encerrada la clave de la contradicción que marcará, catorce siglos más tarde, la empresa del descubrimiento: por un lado, la lamentación por la pérdida irremediable de la era dorada y, por el otro, el anuncio alborozado de nuevos orbes en el horizonte geográfico de la humanidad.

Pero para entender cabalmente el significado textual de la tragedia de Séneca hay que olvidar momentáneamente la fuerza retroactiva que tuvieron los vaticinios del Coro a partir de 1492, cuando se convirtieron en una profecía cumplida. Porque a partir del 12 de octubre de 1492, estamos frente a la verificación histórica de una predeterminación literaria. A lo acertado de la dirección indicada —el oeste de Europa, a través del Mar Tenebroso donde se habían concentrado los indicios de nuevos mundos a lo largo de la Edad Media— se podía añadir la nota de un orgulloso patriotismo. Séneca, un cordobés, otorga a España el mérito fundacional de su vasto imperio, ya intuido en el siglo I de la era cristiana.

No es exagerado decir que el significado original de los versos de *Medea* se perdió en ese momento avasallado por la consecuencia histórica que mejor expresaba la condición del hombre del Renacimiento. Un hombre *curioso* que, no conforme con el mundo conocido, había buscado nuevos espacios más allá de sus fronteras y al cual el texto de *Medea* le había dado un inesperado respaldo brotado de lo profundo de la historia clásica.

Pero no sólo el presentimiento literario de Séneca dio un fundamento poético al descubrimiento, sino que también apoyó científicamente los planteos de cosmógrafos y navegantes de la época. Estrabón y los sabios del siglo XV, entre los que figuraban el florentino Toscanelli y el alemán Behaim, afirmaron haber tenido en cuenta las palabras del Coro de *Medea* para elaborar sus proyectos geográficos de navegación en la dirección del sol poniente. Es más, según el testimonio del hijo del descubridor de América, Hernando Colón, esta profecía había sido factor decisivo en los proyectos de la expedición de su padre. Así lo escribió al margen de una página del ejemplar de las tragedias de Séneca que poseía: *Haec prophetia expleta est per patrem meum Christoforum Colon almirantem 1492*, es decir:

> Esta profecía fue cumplida por mi padre, el almirante Cristóbal Colón en el año 1492.[3]

Un respaldo poético, filosófico y científico que tuvo sus connotaciones políticas. Gracias al presentimiento de Séneca, Cristóbal Colón pudo recuperar el mérito del *descubrimiento* de América que la historia parecía haberle arrebatado. Frente a lo que unos llamaban el *hallazgo* casual de América y otros el proyecto explícito de *descubrir* una región, cuya existencia se conocía de antemano, Colón se había transformado en un navegante que había topado por azar con el Nuevo Mundo, mientras que Américo Vespucio era quien había poseído la conciencia explícita y deliberada del *descubrimiento*.

Para devolver a Colón el mérito de *descubridor* de América, Francisco López de Gomara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y su propio hijo, Hernando, buscaron entre los nombres de los autores de la antigüedad a quienes habían

[3] *Citado por Jesús Luque Moreno en la edición anotada de* Medea (op. cit.).

enunciado con sus presentimientos literarios o vagamente científicos el propósito de *descubrir* conscientemente un Nuevo Mundo. Todo debía servir a Cristóbal Colón en la *recuperación* de ese *presentimiento* de América. Aristóteles, Averroes, Estrabón, Plinio, Solino, Marco Polo, Mandeville, Pedro d'Ailly y Julio Capitolino eran citados profusamente, junto a los relatos anónimos y las leyendas sobre islas y tierras paradisíacas situadas en los *confines* del mar Tenebroso.

En realidad, desde el «reino de los muertos» del antiguo Egipto a los paraísos greco-romanos y celtas, pasando por la geografía mítica de tierras legendarias de clima ideal y cosechas abundantes que se inscribían en la cartografía de lo desconocido, los espacios ideales de lo imaginario occidental generalmente se habían situado hacia el oeste de Europa. Con estos antecedentes no era difícil percibir el reflejo de una especie de *consenso* geográfico en la profecía del Coro de *Medea.*

Una profecía más fatalista que optimista

El desproporcionado efecto *histórico* que tuvo la profecía de Séneca oscureció el sentido interno de la tragedia. Porque en realidad, si nos atenemos exclusivamente a la función trágica del anuncio del Coro, descubrimos que en el vaticinio de los «nuevos confines» del mundo no hay un mensaje optimista. Por el contrario, estamos frente a una sombría interpretación de la historia de la humanidad. Si los hombres abandonan su patria en pos de nuevos confines, es porque han perdido la felicidad en su tierra de origen, nos sugiere el filósofo cordobés. Profetizar que Tetis, hermana y esposa del Océano, permitirá un día que se revelen los secretos escondidos más allá del límite de lo conocido es una maldición lanzada al futuro, más que el jubiloso anuncio de un descubrimiento.

En el siglo I, el viaje hacia lo *incógnito* no es una empresa guiada por una optimista confianza en el progreso de la humanidad o por la *curiosidad* ante los espacios inexplorados, tal como se percibiría en el Renacimiento, sino, por el contrario, este viaje hacia lo desconocido es la consecuencia de una *caída* de un estado paradisíaco anterior en que vivía el hombre, el inherente a la Edad de Oro. En ese momento, el espíritu de exploración geográfica no es una virtud, sino la fatal maldición resultante de haber quebrado el orden natural y divino de la Edad de Oro. El hombre *huye* del territorio del paraíso perdido y si adquiere la noción de *cambio* que lo lleva al *desajuste* es porque debe enfrentar un mundo en que «toda barrera ha sido eliminada».

Lejos de la reiterada (por no decir estereotipada) glorificación con que se ha coronado a partir de 1492 al ilustre cordobés, Lucio Anneo Séneca, una interpretación, exclusivamente basada en el texto literario de *Medea,* se impone. A su luz —y no sin sorpresas para el lector— el propio descubrimiento de América adquiere un significado diferente.

I. Orden natural y Edad de Oro

Para los autores greco-latinos que escribieron sobre la Edad de Oro, desde Hesíodo a Macrobio, pasando por Demócrito, Dicearco, Luciano, Lucrecio, Ovidio y Virgilio,

hubo una época, bajo el reinado de Saturno, en que la tierra producía espontáneamente los alimentos necesarios para la subsistencia del hombre. Se nacía y se llegaba hasta viejo «en los campos paternos» (Séneca) y se «vivía como dioses, con el alma sin penas, bien lejos de dolor y fatigas» (Hesíodo).[4]

En esos tiempos:

> Era eterna la primavera, y los apacibles céfiros acariciaban con sus tibios soplos a las flores nacidas sin semilla. También la tierra que no había sido labrada, producía mieses, y el campo, sin ser cultivado, se cubría con grávidas espigas (Ovidio).[5]

Porque, en la Edad de Oro:

> No había puertas en las casas, y las mansas ovejas henchían con su leche tensas ubres. Epoca sin rencores, sin iras, sin ejércitos, sin armas (Albio Tíbulo).[6]

En realidad, en esa primera época de la humanidad todo parecía sencillo. Pero como ha recordado Isaac J. Pardo, al citar el libro sagrado del *Dilmun,* mil años antes que Grecia oyera los cantos de Homero, la civilización sumeria ya se refería a ese:

> Otro tiempo en que hubo una época en que no había serpiente ni había escorpión, ni había hiena, ni había león; no había perro salvaje, ni lobo; no había miedo ni terror; el hombre no tenía rival.[7]

El hombre no sabía lo que eran el dolor ni la muerte, una certeza que repiten convencidos los griegos cuando afirman que en esa Edad de Oro no había trabajos penosos, los sufrimientos morales y físicos no existían y el reposo se prolongaba desde el nacimiento hasta la muerte. Incluso morirse era como dormirse «vencido por el sueño», como nos recuerda Hesíodo. La vida idílica y primitiva no provocaba necesidades de ningún tipo, tan abundante y tan al alcance de la mano estaba lo poco que se necesitaba para ser feliz. En la perspectiva clásica ya era evidente que el *deseo* y la necesidad son el resultado de la carencia o de la escasez, nunca del hartazgo o de la abundancia. Pero además, si no había conflictos ni violencia era porque cada ser humano estaba contento con lo que hacía y con lo que era: el secreto de la felicidad había consistido siempre en un saber contentarse con lo que se tiene.

Esta felicidad reaparece con similares características en el Paraíso terrestre de todas las religiones, una visión del Jardín del Edén que reitera las mismas notas de «un mundo dado» de una vez por todas y que no necesita, por lo tanto, ser cuestionado o cambiado por *otro.* La felicidad basada en la ausencia de *necesidades* y en la satisfacción de los deseos primordiales, adquiere notas hiperbólicas y populares en el país de la Cu-

[4] Los trabajos y los días *por Hesíodo (UNAM, México, 1979; pp. 4 a 6).*

[5] Las metamorfosis *de Ovidio (I, versos 85-1159. Barcelona, 1972; p. 26). Antonio Antelo en el ensayo sobre «El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XV»* (Thesaurus *n.° 1, enero-abril 1975. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá; p. 94) resalta la influencia que tuvo el texto de Ovidio entre los poetas, humanistas e historiadores del medioevo y cómo el mito se transmitió a América.*

[6] Elegía III *por Albio Tibulo en* Antología de poesía latina *(Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1981; p. 89).*

[7] *Citado por Isaac J. Pardo en* Fuegos bajo el agua: la invención de utopía *(Fundación La Casa de Bello, Caracas, 1982; p. 20). Pardo recuerda que también en la epopeya sumeria del Gilgamesh hay un suntuoso* locus amoenus, *el jardín de los dioses que «estaba rodeado de arbustos de piedras preciosas».*

caña de la Edad Media, la Jauja del mundo hispánico, y se racionaliza en la Utopía renacentista. Mitos que, con todas sus variantes, repiten el *sustractum* de mundo *perfecto* y, por lo tanto, cerrado en sí mismo, que ya aparece en la Edad de Oro.

Este mismo *sustractum* puede reconocerse en los mitos de la sociedad contemporánea: la abundancia de bienes de consumo, la posibilidad de elegir libremente entre una variedad de productos cuya oferta debe siempre superar la demanda, la satisfacción de necesidades básicas, las sutiles incitaciones de la publicidad, la reducción progresiva del tiempo de trabajo, el ocio convertido en un derecho (a las vacaciones, al tiempo libre, la semana de cuarenta o menos horas de trabajo), las relaciones humanas simplificadas por un creciente igualitarismo y los proyectos de nuevas leyes sociales, generalmente calificadas de utópicas.

Pero si el mito supervive en la actualidad metamorfoseado en los signos que recuerdan, casi sin saberlo, sus virtudes más ostensibles, es bueno recordar que el principio en que se basaba la felicidad y la armonía de la Edad de Oro clásica, aquella que se ha perdido *illo tempore*, es el de la inmovilidad de un mundo que no debe cambiar porque ha sido fijado de una vez para siempre.

La inmovilidad como garantía del paraíso

El fundamento de la Edad de Oro es el de un *orden* que no se cuestiona porque es inherente a la naturaleza de las cosas. Un orden que básicamente es el de los ciclos de la naturaleza que marcan las estaciones del año y el ritmo de cosechas que se repiten en forma monótona, siguiendo las leyes divinas. El propio Séneca lo recordaría en la epístola que le envió a Lucilio: «Los primeros mortales, y quienes de ellos nacieron, seguían la naturaleza sin corrupción».[8]

Pero ese *orden natural* estaba además garantizado por la división del mundo en continentes incomunicados entre sí por vastos mares y océanos. El caos anterior es el de una masa indiferenciada e informe. El frágil equilibrio de la Edad de Oro instaurada se garantiza gracias al principio de división del mundo, constante que reaparece en las cosmogonías de casi todas las religiones. Cronos, dios del tiempo, ordena y fija el mundo griego en el centro de tres continentes distribuidos a partir del *omphalos* del mar Mediterráneo, *Mare Nostrum* como lo llamarían luego gráficamente los romanos. Alrededor de ese mar se disponían «al modo de las ranas en las orillas de la charca» (Platón) los tres continentes: Asia (Asú, por donde sale el sol), Europa (Ereb, por donde el sol se oculta) y Africa (Afar, la seca, por donde el sol camina), que los griegos llamaban Libia.[9] El mundo conocido tenía límites fijos: Sidón en Fenicia y el Ponto Euxino en

[8] *«Elogio de la filosofía», Epístola XC a Lucilio;* Obras completas *de Séneca (Aguilar, Madrid, 1966; p. 653). Séneca sitúa la Edad de Oro en Grecia, siguiendo la opinión de Posidonio, esa época en que «el poder estaba en manos de los sabios». Solón, que «estableció a Atenas en la equidad del derecho, fue uno de los siete sabios famosos», modelo ideal al que Pitágoras dio un* orden *y que habría de pasar a Sicilia y a «la Italia griega».*

[9] *Estas tres regiones son algo más que pura geografía al aparecer el cristianismo. Están consagradas por alusiones religiosas y significados místicos, entre los cuales están la Santísima Trinidad, los tres hijos de Noé del cual derivan las tres razas humanas, los descendientes de Sem, Cam y Jafet, los tres Reyes Magos, la tiara pontificia y hasta el significado cabalístico del número tres.*

el mar Negro hacia el este; las columnas de Hércules y el mar Tenebroso hacia el oeste, Tracia hacia el norte y Tippia y Abisinia al sur. El todo, simplificado en términos geométricos, es un disco plano cuyos bordes estaban formados por el río Océano que rodeaba las tres partes.

Para que esta visión del mundo superviva en el tiempo, el punto de vista debe mantenerse *inmóvil,* tal como lo explica el Coro de *Medea:*

> Puros fueron los siglos que vieron nuestros padres, completamente libres de malicia. Tocando cada cual tranquilamente su propio litoral y llegando hasta viejo en los campos paternos, rico con poco, sin conocer más bienes que los que daba el suelo en que nació.[10]

Por su parte, Albio Tíbulo recuerda que la Edad de Oro era:

> Una época sin igual, cuando la tierra no abría largas rutas, cuando el pino ahuecado no nadaba desafiando los mares, ni el mercader se fiaba a los peligros por tierras ignoradas.[11]

Se trata simplemente de nacer y de morir en los estrechos límites de «su propio litoral», de conformarse toda la vida con los bienes que da el suelo en que se ha nacido y, sobre todo, no conocer ni tener la *curiosidad* de conocer lo que está fuera del ámbito de la vida cotidiana.

La felicidad de la Edad de Oro está garantizada por el aislamiento y la auto-suficiencia, pero también por esa falta de *curiosidad* por lo que pudiera existir más allá de los límites del mundo inmediato. El razonamiento es, en principio, sencillo. Si las necesidades primordiales están satisfechas en el «propio litoral», no hay necesidad de buscar *nuevos mundos* fuera del solar nativo.

El ***aurea mediocritas*** *y el pecado de navegar*

Sin embargo, una existencia donde no hay nada de qué preocuparse conduce inevitablemente al aburrimiento y la mediocridad. Los propios poetas latinos que habían cantado loas a la Edad de Oro, hablaron del *aurea mediocritas,* esa *mediocridad dorada* que es el fantasma que amenaza a los satisfechos del mundo.

Como en el Paraíso Terrenal del *Génesis,* de donde fueron expulsados Adán y Eva, pese a tenerlo todo dado por el orden divino y natural de la creación, se sospecha que el hombre viviendo en la Edad de Oro debió ser tentado por un *fruto prohibido.* Tentación causada por la insatisfacción que da la plena satisfacción, valga la paradoja.

Sólo a partir de esta idea puede comprenderse por qué el hombre pudo dejar escapar un tiempo tan bienaventurado como el de la Edad de Oro. Para romper el círculo áureo que rodea el Paraíso había que aventurarse *más allá* de sus límites, aunque al sucumbir a la seducción de lo *nuevo* el hombre perdía conscientemente su condición *áurea* para ir degenerándose en las razas *argéntea, broncínea* y de *hierro,* como explicaría con precisión Hesíodo en un texto que fue clásico en la propia antigüedad griega. Tanto en Demócrito —en el *Diálogo* de Platón que explica el origen de la cultura a través del mito de Protágoras— como en Dicearco, Posidonio o en las referencias mitológicas a los poe-

[10] Medea, op. cit., *p. 306.*

[11] Elegía III, op. cit.

tas Orfeo (hijo de Eagro y de Calíope) y de Lino (hijo de Apolo y de Urania), se insiste en esa progresiva *degradación* de las Eras de la historia de la humanidad.[12]

Pero, ¿cuál es el fruto que tienta con tanta intensidad al hombre para llevarlo a concluir con una Edad tan feliz? Los autores clásicos, empezando por Séneca, son unánimes en señalar que el *fruto del mal* es «la perversa nave», con la cual se abandonan por primera vez las orillas del «propio litoral». Las «acertadas leyes de división del mundo las llevó al caos un pino de Tesalia», se explica en *Medea,* recordando cómo la nave Argos fue construida con pinos del monte Pelio en Tesalia para transgredir el límite de lo conocido, el Ponto Euxino. La navegación trae nuevamente el caos al mundo al permitir la comunicación entre las partes del mundo separadas por el orden natural, tal como se lamenta el Coro:

> Nada ha dejado en donde antes estaba el orbe, cuando se ha hecho transitable. Cualquier pequeña barca boga por alta mar. Toda barrera ha sido eliminada.[13]

Por su parte, Ovidio hablando de la Edad de Oro la delimita cronológicamente al tiempo en que:

> No había sido aún cortado el pino en sus montañas y no había descendido a la líquida llanura para visitar un mundo extranjero, y los mortales no habían conocido otros litorales que los de su país.[14]

Albio Tíbulo también establece el fin de la Edad de Oro en el momento en que «el pino ahuecado» flota «desafiando los mares».[15]. La conclusión es clara y terminante: el equilibrio del mundo basado en el aislamiento de sus partes se ha roto a causa de la navegación que las ha puesto en contacto.

Para entender el verdadero significado de esta ruptura hay que recordar que si Grecia se percibía hasta ese momento como el centro del universo, era gracias a la inmovilidad del observador y al punto de vista privilegiado que esa inmovilidad parecía otorgarle. Con la navegación aparece el punto de vista variable y, por lo tanto, relativo. Ya no hay lugares privilegiados. Así, del mismo modo que el mundo se ordenaba *alrededor* del mar Mediterráneo en la visión áurea y paradisíaca, una vez roto su punto central exclusivo, «otras tierras habitadas podrían referirse al mar Atlántico», como ya intuyó Aristóteles. Las «tierras habitadas» —es decir, los hombres que viven en ellas— se refieren a sus mares, pero no necesariamente al mar Mediterráneo que ha dejado de ser, por primera vez en la historia de Occidente, el único posible centro del universo. Un paso ha sido franqueado en la justificación de las aventuras marítimas que se preparan a la humanidad, más allá de las columnas de Hércules en el estrecho de Gibraltar.

II. La transgresión del mito

Sin embargo, en vez de asumir jubiloso las posibilidades abiertas por la navegación, el hombre clásico no hace sino lamentarse por la Edad de Oro perdida. Es interesante

[12] *Autores estudiados por Antonio Antelo en artículo citado.*

[13] Medea, op. cit., *p. 308; pp. 367-730.*

[14] *Ovidio,* op. cit., *p. 26.*

[15] *Albio Tíbulo,* op. cit., *p. 89.*

recordar que cuando Virgilio en su *Egloga IV* de las *Bucólicas* anuncia una nueva Edad de Oro para Roma, lo hace sobre la base de que el marinero «abandone el mar» y que no haya más mercancías «trocadas por el pino velero». Sólo es posible imaginar el porvenir a partir de la desaparición de todo «rastro del engaño antiguo que mandó dar naves a Tetis». El marinero abandonará el mar y los veleros no trocarán más mercancías. El «tiempo por venir» es una simple regresión al pasado primitivo e idílico *anterior* a la navegación. Incomunicación y aislamiento son, una vez más, las garantías del paraíso.

«Nace el gran orden de los siglos nuevos», vaticina el poeta, invirtiendo el signo cronológico de la Edad de Oro que ya no está irremediablemente perdida *illo tempore.* Sin embargo, este «gran orden» no es más que un pasado recuperado por la fuerza. En la visión del próximo fin de la Edad de Hierro que se anuncia bajo el reinado de Octavio la nota significativa está dada por el retorno de Astrea a la tierra, esa hija de Zeus y de Temis que se había visto obligada a refugiarse en el cielo al término de la Edad de Oro.

La recuperación futura del pasado

«Mira cómo se arregla todo por el siglo que ha de venir» —le insiste Virgilio al cónsul Polión, a quien dedica su *Egloga*— «Todo volverá a ser como fue.» Cesará «una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo», desaparecerá la maldad y la tierra se librará del «eterno miedo», morirá la serpiente y «de los grandes leones no serán medrosos los rebaños».

La futura Edad de Oro permitirá que la humanidad entre en una nueva época de abundancia:

> La tierra derramará a haldadas sus primeros dones (...) y las cabritas mismas de su grado llevarán a casa distendidas de leche sus ubres (...) y la rubia uva estará colgada de las zarzas incultas; y las duras encinas sudarán rocío de miel...»[16]

Virgilio no hace más que proyectar la nostalgia de un pasado perdido, la idealización inherente al *laudator temporis acti* que se transformará en un tópico de la literatura: «Todo tiempo pasado fue siempre mejor». Basta pensar en los recuerdos de Cacciaguida en el *Canto XV* del *Paraíso* de Dante sobre la época *dorada* de Florencia cuando, «en medio de tanta calma, y de tan hermosa vida por parte de todos y entre tan fieles conciudadanos», la ciudad:

> Dentro del antiguo recinto donde oye sonar aún tercia y
> nona, estaba en paz, sobria y púdica. [17]

O la *boutade* de Verdi cuando exclama: *«Torniamo all'antico e sarà un progresso»*, o las proposiciones de William Blake en los «Augurios de inocencia» que incluye en los *Proverbios del infierno:*

> Hay que restaurar la Edad de Oro eliminando el Progreso que no es otra cosa que un castigo de Dios que trajo la Edad de Hierro.[18]

[16] Egloga IV *en* Obras completas *de Virgilio. Edit. Aguilar, Madrid, 1960; pp. 56-57.*

[17] *Canto XV.* El paraíso *por Dante Alighieri. Obras Maestras, Barcelona, 1970; p. 415.*

[18] Poemas proféticos y prosas *de William Blake. Barral Editores. Barcelona, 1971; p. 98.*

El pasado está en el futuro, hasta en las utopías más revolucionarias y progresistas. ¿Acaso un socialista utópico como Saint-Simon no escribe en *Le Producteur:* «La edad de oro que una ciega tradición ha emplazado en el pasado, se encuentra ante nosotros»?[19]

Esta misma ambigüedad entre pasado y futuro se percibe en el mito del Paraíso, con el cual el de la Edad de Oro comparte muchos aspectos, porque la visión simultánea de los *dos paraísos* es el signo de casi todas las religiones. Si el Jardín del Edén está en el origen de la humanidad, el Paraíso *post-mortem* de los bienaventurados está en el futuro, porque apenas fue expulsado del paraíso terrenal el hombre buscó la Tierra Prometida de Canaán. Gracias a la fuerza del pasado feliz se puede alimentar legítimamente la esperanza del futuro.

Aunque el mito del Paraíso merece un estudio aparte, es interesante recordar que su incidencia en la primera *visión* de América resulta fundamental. El análisis del *topos* de la Tierra Prometida como estímulo primordial de la emigración, especialmente en los países donde se trasladan grupos de colonos motivados religiosamente (Estados Unidos, Paraguay y Argentina), permite descubrir su importancia, tal como destaca la profusa bibliografía que se le ha consagrado.

Pero volvamos a la Edad de Oro.

La subversión por la fiesta

Hasta ahora hablamos del mito de la Edad de Oro como una noción exclusivamente temporal, como una nostálgica expresión del ser humano intentando trascender los límites de la historia fijando el *prestigio* de los orígenes en un momento que se quiere preservar incontaminado a través de la eternidad o que se quiere recuperar en forma idéntica para proyectarlo en el futuro. Sin embargo, también es posible recuperar el pasado dorado para *confrontarlo* al presente y hacer así más evidentes los males de la sociedad de Hierro. Se puede así proponer un cambio revolucionario del *presente* por el artificio de *recordar* el pasado.

Luciano en el «Diálogo» de las *Las Saturnales* escenifica la festividad anual romana en que los esclavos vestidos de púrpura dicen a sus amos lo que quieren y reciben regalos en contrapartida. En recuerdo de la felicidad del reinado de Saturno, los romanos reviven cada 6 de diciembre y durante seis días de fiesta, los tiempos perdidos de la Edad de Oro a través de una representación que permite la *inversión* de los roles tradicionales de *Señor-esclavo.*

En el comienzo del «Diálogo», el dios Saturno recuerda nostálgicamente la época de su reinado:

> En aquella edad todo brotaba sin siembra y sin arado; la tierra no daba espigas, sino panes y carnes adobadas; corría el vino en arroyos y las fuentes manaban miel y leche; todos eran buenos y áureos.

Por esta razón, mientras duran las celebraciones de esa época:

[19] *Citado por E. M. Cioran en* Histoire et utopie *(Gallimard, París, 1977; p. 133).*

Todo es ruido, canciones, juegos e igualdad entre libres y esclavos, porque en mi reinado no se conocían los siervos y ni yo, que era el amo, los tenía.[20]

Sin embargo, el tono de Luciano es satírico y evidentemente su propósito no es tanto recordar «el fugaz imperio de Saturno», como el de criticar la realidad del presente a través de las acusaciones que hace Cronosolón, «sacerdote y profeta de Saturno», en la carta de protesta que le dirige a su dios.

«¿Qué ocurre, Cronosolón?» —le pregunta Saturno— «Pareces afligido.» «No sin razón», le responde:

Veo a los malditos y perversos llenos de riquezas y viviendo deliciosamente, mientras yo y otras muchas personas instruidas, estamos en la miseria y sin recursos. ¿Señor, no querrías poner término al desorden y restablecer la igualdad?[21]

Por primera vez, el recuerdo de la Edad de Oro permite una visión crítica del presente a través del procedimiento narrativo de comparar las dos Edades. Las iniquidades e injusticias se hacen evidentes por la simple confrontación entre la *imagen* y la *contra-imagen* de la actualidad. El *revés* de la realidad —*El Mundo al Revés* que reaparece en otros mitos y alegorías de la Baja Edad Media como *La fiesta de los locos,* el *Obispo Niño,* el *Señor del Desgobierno*— es siempre subversivo. Basta leer la reclamación final que le hace Cronosolón a Saturno:

Los pobres todo lo soportaríamos mejor, si no viésemos la felicidad de los ricos. Tienen bajo llave tanto oro y tanta planta (...) Esto es lo que nos sofoca, Saturno, y hace insoportable nuestra suerte (...) Cambia, pues, nuestra condición y restablece la primitiva igualdad.[22]

El principio de la *sátira* de Luciano que reaparece en otras *utopías negativas* de la literatura, especialmente en los *Viajes de Gulliver* de Jonatán Swift, da un significado de reivindicación social al mito de la Edad de Oro, ya no sólo situado en el pasado como tradicionalmente lo había estado o en el futuro como anuncia Virgilio, sino en un presente que hay que cambiar radicalmente.

El cambio puede ser también seriamente autoritario. El *modelo* del pasado se instaura imperativamente en el presente, tal como pretende Platón en *Las Leyes.* Más que bienestar, holganza y ricos alimentos al alcance de la mano, Platón propone recuperar lo esencial de la Edad de Oro gracias a leyes morales y políticas que implantan un *modelo* inspirado en sus principios, pero aplicadas gracias a la fuerza de la ley. Así recomienda a sus contemporáneos:

Imitar por todos los medios la vida legendaria de los tiempos de Cronos y obedecer a todo lo que hay en nosotros de principios inmortales.

Esa vida «legendaria», ya no es únicamente:

La vida de aquellos tiempos, de abundantes cosechas sin necesidad de cultivo, de clima per

[20] Las Saturnales. *I, 20; citado por Isaac J. Pardo en* Fuegos bajo el agua: la invención de utopía (op. cit *pp. 115-117).*

[21] Idem.

[22] Ibidem.

manentemente benigno que hacía innecesarios trajes y viviendas, de blanda cama en la hierba espesa,[23]

como la había definido en *El Político,* sino que supone una intervención activa y deliberada del hombre, el principio del *buen gobierno.*

«Pues bien, si con la imaginación inventásemos un Estado» —le propone Sócrates como un desafío. Platón lo acepta en *La República* y escribe: «Construyamos una ciudad ideal como si la fundásemos desde un principio».[24] Esta fundación de un mundo nuevamente perfecto de acuerdo a un *modelo* que debe proponerse teóricamente, anuncia el pasaje del mito de la Edad de Oro a la racionalizada edificación de la utopía, explicitada a partir de la publicación de la obra de Tomás Moro en 1516.

Emigrar a las tierras donde supervive la Edad de Oro

A las variantes de la literatura clásica de una Edad de Oro recordada nostálgicamente y a la intervención activa del legislador para restablecerla moralmente, Horacio propone otra alternativa que resulta decisiva en la perspectiva americana del mito. El poeta romano nos dice: si la Edad de Oro no existe más *aquí* (en Europa), hay que emigrar hacia las tierras de *allá* (un Nuevo Mundo) donde todavía pueda supervivir.

Contemporáneo de Virgilio, Horacio no cree que sea posible volver hacia el pasado anterior a la navegación. Puesto que Roma está empeñada en su propia ruina a través de querellas internas y guerras civiles, a los auténticos patriotas no les queda otro recurso que emigrar. Si la Edad de Oro ya no existe ni puede volver a existir en el mundo continental de Hierro, la nueva patria debe ser construida en «otro lugar», donde la Edad de Oro reine soberanamente.

Basta, entonces, abandonar el presente, pero no por el artificio de recordar nostálgicamente el pasado o proyectarlo en el futuro, sino por el simple hecho de navegar a través de los mares hacia las tierras donde todavía se vive en el presente tal como se vivía aquí en el *pasado.* Curiosamente, la navegación que ha sumido la Europa continental en los males de la Edad de Hierro, puede ayudar a los hombres a recuperar la felicidad perdida.

La certeza de que en esos territorios desconocidos todavía reina la Edad de Oro la da el hecho de que «no enderezó acá su ruta la nave Argos». La historia sólo puede recomenzar, liberada de sus fatales errores, en una tierra *no descubierta,* en una tierra protegida porque no han llegado las naves *sacrílegas,* «tan próvido Dios había separado las tierras del Océano insociable».[25]

Así, el poeta propone en *Epodos:*

Nos espera el Océano, circundador del mundo: busquemos los campos, venturosos campos, busquemos las islas ricas donde la tierra sin arar rinde trigo cada un año y está en cierne la no podada viña y no engañoso jamás germina el pimpollo de la oliva, y el higo negro es adorno

[23] Leyes IV *por Platón, párrafo 713;* Obras completas. *Ediciones La Pleïade, París, 1966-9.*

[24] La República II, *párrafos 368 c-e, 369 a.*

[25] Oda III *de Horacio dedicada justamente a Virgilio en* Obras completas *(Aguilar, Madrid, 1960; pp. 628-629).*

de su árbol, y la miel corre de las encinas huecas; y de los altos montes delgada el agua se desliza con su pie fresco y sonoroso.

En esas islas, situadas allende el Océano, el clima es agradable. No hay lluvias torrenciales ni sequía:

Ni el Euro acuoso hiende la tierra con sus largas lluvias ni el árido terrón abrasa nunca la simiente pingüe, porque el rey celeste atempera todos los extremos.[26]

La insinuación poética de la literatura clásica griega se concreta en la expresión latina de Horacio: la Edad de Oro, desterrada por la Edad de Hierro en las tierras continentales, supervive preservada en las islas lejanas e inaccesibles. Ulises, el gran navegante del poema de Homero, ya había tenido oportunidad de desembarcar en la isla Siria, «donde ninguna enfermedad aborrecible le sobreviene a los míseros mortales» y donde ganados, trigales y viñedos favorecen una larga vida y una muerte dulce. Por su parte, el historiador Hesíodo había asegurado en *Los trabajos y los días* que: «Una divina raza de hombres héroes, que semidioses se llaman», había sido asentada por «Zeus padre, Cronida» en «los fines de la tierra», donde habitan:

Con el alma sin penas, las islas de los Beatos, junto al Océano profundo de vórtices, dichosos héroes!, a quienes la tierra dadora de mieses da frutos dulces como miel, que brotan tres veces al año; lejos de los inmortales, y Cronos reina sobre ellos.[27]

Horacio explica el origen de estas tierras lejanas y desconocidas donde supervive la Edad de Oro, afirmando que:

Júpiter segregó del mundo estas riberas: y las reservó para una raza piadosa, cuando manchó de bronce la Edad de Oro; con bronce primero, luego con hierro endureció los siglos, de quienes, según mi vaticinio, escaparán los hombres con una fuga a tiempo.[28]

El viaje mítico y la diferencia con el **otro**

«La fuga a tiempo» hacia tierras segregadas por el Creador desde el origen del mundo y «reservadas para una raza piadosa» de que habla Horacio no pueden ser otras que las del continente americano. Los *tiempos del anhelo* transformados en *espacios del anhelo,* gracias a su visión, anuncian el signo bajo el cual quince siglos más tarde serán geográficamente descubiertas. América, escenario del *eu-topos,* lugar feliz, estará esperando en ese *allá* ubicuo que desde la antigüedad se intuye como el último refugio de la Edad de Oro.

En este momento podría decirse que una cierta armonía de la Edad de Oro perdida se ha canjeado por otras formas posibles de la felicidad, porque es finalmente gracias al viaje que la navegación ha propiciado, que se ha explorado lo desconocido y se han encontrado esas *otras* tierras donde supervive una idéntica Edad de Oro.

Gracias a la navegación —además— el hombre ha percibido *otras* realidades y ha comprendido las diferencias existentes entre pueblos y paisajes. Su confrontación con

[26] Epodos XVI *de Horacio en* Obras completas, op. cit., *pp. 830-833.*

[27] Los trabajos y los días, op. cit., *p. 6, párrafos 168-173.*

[28] *Palabras finales de* Epodos XVI, *en* op. cit.

el *otro* le ha dado un sentimiento de relatividad del que carecía en el mundo autárquico y cerrado en que vivía. Los viajes de *La Odisea* habían dado una muestra de sus fantásticas variantes. Cada isla visitada por Ulises es *diferente* y tiene un *orden* distinto, que puede ser tanto paradisíaco como infernal. Aun reducido a la escala del mar Mediterráneo que recorre, la diversidad del mundo se ha hecho evidente a Ulises y al hombre clásico. *La Odisea* no es más que la crónica de ese viaje, donde el inventario de realidades acumula las diferencias, pero donde ya se descubre la existencia de islas idílicas y paradisíacas, como la recordada isla de Siria o la gruta de las Ninfas, el palacio de Alcino en el país de los Feacios, origen del *locus amoenus* de la literatura occidental. Mientras más se explora y descubre, más se consagra el derecho a la *diferencia* y más se presienten nuevos horizontes. La curiosidad no se satisface, sino que —por el contrario— se excita en la misma medida en que comprueba las razones del impulso que la llevó a la aventura.

En realidad, desde el momento en que el hombre navega, la historia de la humanidad se *embarca* —en el sentido literal y metafórico de la palabra— en una expedición que no tiene límites. Roto el orden natural y perdida la Edad de Oro de la propia tierra, el viaje del navegante hacia puntos cada vez más lejanos parece su inevitable consecuencia.

A esta altura es posible plantearse una pregunta.

¿Por qué los autores greco-latinos que habían resaltado los méritos de la Edad de Oro fueron tan tajantes en la condena de la navegación? Aun cuando el *orden natural* que proporcionaba el aislamiento y la autosuficiencia hubiera sido sustituido por la *relatividad* de la multiplicidad de puntos de vista asumidos gracias a los viajes marítimos, ya era evidente con Homero, Hesíodo en Grecia y más claramente con Horacio en Roma que era justamente gracias a la posibilidad de la navegación que la Edad de Oro podía ser recuperada en *otro mundo*.

III. La metamorfosis del mito áureo

¿Por qué —entonces— seguir despreciando a los curiosos exploradores, cuando anunciaban renovados *espacios* para la esperanza perdida?

Para entender las razones que subyacen en esta aparente contradicción, hay que volver hacia atrás y recordar cuál había sido el verdadero propósito de Jasón al construir la nave Argos con los pinos de Tesalia. En efecto, si navegar fue el *pecado original* por el cual los hombres renunciaron a la Edad de Oro para adquirir el derecho a la aventura de lanzarse hacia lo desconocido, aun cuando estuvieran guiados por una curiosidad nacida del aburrimiento del *aurea mediocritas* en que vivían, a partir de la transgresión de Jasón el oro buscado tiene una naturaleza distinta. El oro buscado por los Argonautas no es el de una edad de paz y armonía allende los mares, sino el *vellocino de oro* que incorpora una dimensión de botín y tesoro a la sociedad igualitaria de la época.

El mito se metamorfosea. Detrás del mundo de «las casas sin puertas», aparece la codiciada meta de un tesoro que debía justificar los nuevos riesgos asumidos. Navegar, sí, pero no por simple curiosidad exploratoria, sino guiados por un nuevo mito emer-

gente: el *vellocino* que espera al arriesgado navegante que sea capaz de conquistarlo al término de un viaje plagado de obstáculos y aventuras.

Los navegantes mercaderes irrumpen en la historia

El oro simbólico, pero metal valioso al fin, irrumpe en la historia para desterrar justamente la Edad de Oro de la humanidad. Para que no queden dudas, su ambivalente significado reaparece en otros escenarios paradisíacos, como las *manzanas de oro* de los fértiles jardines de las islas Hespérides o en el ubicuo El Dorado del espejismo americano en cuyo nombre se organizan numerosas expediciones a lo largo de los siglos XVI y XVII. Basta recordar al propio Cristóbal Colón y su obsesiva búsqueda del oro en las islas de las Antillas para comprender el alcance del cambio operado.

El problema no radica, pues, en el hecho de navegar, sino en la motivación mercantilista y crematística de esa navegación. La aventura hacia lo desconocido se planea con la esperanza de la apropiación de un trofeo áureo. Sólo por ello —y no por otras razones— merece el repudio y el desprecio.

Los autores clásicos griegos tienen claramente presente en su condena de la navegación la activa presencia de los fenicios en el Mediterráneo. Son los hijos de Tiro y Sidón quienes han cometido el *sacrilegio* de unir partes del mundo «naturalmente separadas», persiguiendo metales preciosos como el estaño, el cobre y el oro y fundando colonias y factorías en las costas de un mar cuyos pueblos deberían ignorarse entre sí para seguir siendo felices.

Si los griegos desprecian a los fenicios, los romanos lo harán con sus herederos, los cartagineses. Todo lo que es comercio y afán de lucro, se asocia en Roma a la ciudad de Cartago, connotación peyorativa que ha llegado hasta nuestros días.

En pleno siglo XIX la leyenda todavía supervive cuando Domingo Faustino Sarmiento habla de los peligros de la «época cartaginesa» que amenazan a la Argentina. Los inmigrantes que desembarcan en los puertos del río de la Plata son «tenderos y mercachifles», escribiría despectivamente poco después Miguel Cané. Por su parte, José Enrique Rodó en *Ariel* (1900) teme que a causa de la influencia de Calibán, las ciudades hispanoamericanas «terminen en Sidón, en Tiro, en Cartago».

El ejemplo de Rodó es muy significativo. En los mundos abiertamente contrapuestos que encarnan los espíritus de Ariel y Calibán; se enfrentan las civilizaciones que les dieron origen. Por un lado tenemos a Grecia, a la que «los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible», siendo las prendas de la juventud «el entusiasmo y la esperanza» que «corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz», virtudes que encarna el espíritu de Ariel. Por el otro, está el «utilitarismo» y «la democracia mal entendida» de la civilización fenicia y cartaginesa, representada en la época contemporánea por los Estados Unidos. El espíritu de Calibán en Hispanoamérica se traduce por una «nordomanía» y un «americanismo», neologismos con los cuales Rodó define los males que la amenazan.

Hablando del origen de la navegación, Rodó se refiere a:

La prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros,

y anota cómo una vez destruída,

De las piedras que compusieron Cartago no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz.

Impedir que las ciudades americanas terminen en Sidón, en Tiro y en Cartago es la tarea de la juventud americana a la cual se dirige el mensaje de *Ariel:*

No desmayéis en predicar el evangelio de la delicadeza a los escitas, el evangelio de la inteligencia a los beocios, el evangelio del desinterés a los fenicios.[29]

Sin embargo, paradójicamente han sido los cartagineses quienes mejor han presentido América en la antigüedad clásica. En la *Mirabilis Auscultationes,* el libro de *las maravillas inauditas* que se atribuyera a Aristóteles, se narra un portentoso viaje de unos mercaderes cartagineses hacia las tierras del sol poniente donde estaba situado el continente americano.

Dícese que en el mar que se extiende más allá de las columnas de Hércules fue descubierta por los cartagineses una isla, hoy desierta, que tanto abunda en selvas como en ríos aptos para la navegación y está hermoseada con toda suerte de frutos, la cual dista del continente una navegación de muchos días.[30]

Esa misma tierra legendaria ya descubierta en la antigüedad, según el testimonio atribuido a Aristóteles, aparecería mencionada siglos después en el famoso ensayo de Montaigne *De los caníbales.* Ciertos cartagineses que se habían aventurado más allá del estrecho de Gibraltar habían descubierto una gran isla fértil, revestida de bosques y con grandes y profundos ríos, lejos de la tierra firme. Allí habían emigrado con sus mujeres e hijos, atraídos por la bondad y fertilidad de las tierras y se habían acostumbrado a esa nueva vida, al punto de olvidar su *origen* europeo.

En el famoso libro de Diodoro de Sicilia donde se mezclan inextricablemente viajes fantásticos y reales, también se adjudica a los fenicios el descubrimiento del mundo del cual «diríase que es más bien habitación de los dioses que de los hombres»,[31] palabras que reaparecen significativamente repetidas en muchas Crónicas y Relaciones del descubrimiento del Nuevo Mundo. Gonzalo Fernández de Oviedo —por ejemplo— se refiere a los mercaderes que navegando hallaron una riquísima y «gran isla que nunca había sido descubierta ni habitada por nadie».[32] Teófilo de Ferraris al apoyar la tesis de Oviedo confirma en su *Vitae regularis sacri ordinis predicatorum* lo que se imputaba a Aristóteles en el *Libro de las Maravillas,* a saber, el *conocimiento* y no el simple presentimiento que el hombre había tenido desde la antigüedad de la existencia de una *cuarta región* en el mundo que debería sumarse a la sagrada trilogía del mundo clásico.

Pero que el mérito de ese descubrimiento correspondiera a los *mercaderes* y no a los

[29] Ariel *por José Enrique Rodó. Edic. del Nuevo Mundo. Montevideo. 1967; p. 157.*

[30] *Citado por Rafael Pineda Yáñez en* La isla y Colón *(Emecé, Buenos Aires, 1955: p. 17), quien no puntualiza el carácter apócrifo del libro atribuido a Aristóteles.*

[31] *La historia de la Ciudad del Sol, país extraordinario que estaría situado en el «gran mar Océano hacia el meridiano» fue recogida por Diodoro de Sicilia en su* Biblioteca Histórica (Liber Tercius, *II, 55 y ss). Oxford University Press. 1968.*

[32] Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano *por Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1851): Libro II, cap. 3.*

poetas o a los filósofos, tuvo que llenar de una embarazosa confusión el espíritu del hombre clásico. Al parecer, todavía no hemos salido de ella, como se verá a continuación.

La Edad de Oro precolombina

Esta misma contradicción reaparece en los primeros pasos del hombre occidental en la certidumbre americana. Por un lado, América se ofrecía como la tierra donde supervivía la Edad de Oro perdida en Europa; pero, por otro, la ambición de los nuevos *argonautas* se multiplicaba ante cada signo inequívoco del *vellocino de oro* acaparado en las tierras de ese mundo recién descubierto.

No es extraño que la empresa de Cristóbal Colón y la de los conquistadores que lo suceden estuviera marcada por esa misma ambigüedad. Si las consideraciones eruditas recogidas en los indicios y *presentimientos* de la literatura clásica y medieval sobre la existencia de territorios legendarios los guiaban en la aventura a la busca de la Tierra Prometida, Jauja, la Fuente de Juvencia y el Paraíso que creyó haber encontrado Colón en la desembocadura del río Orinoco, América promete simultáneamente el oro con el cual se compra el poder. La Edad de Oro no puede ser disociada de El Dorado. Uno y otro no hacen sino reflejar las diferentes actitudes con que el hombre occidental enfrenta la realidad del Nuevo Mundo.

Cada uno ve o *cree* ver lo que *quiere* ver.

Para unos, los signos de la supervivencia americana de la Edad de Oro se multiplican. Los indios de las Antillas donde desembarca Colón apenas trabajan, hacen sus cosechas en común y encuentran todo lo que necesitan en el propio lugar en que viven. En los mitos y leyendas precolombinos que recogen misioneros y cronistas también aparecen las referencias sobre la época en que la humanidad vivía una «edad bienaventurada», era en que «no tenían precio los víveres, nuestro sustento», como recitan los cantos náhuatl sobre los tiempos de los antiguos héroes toltecas.

> Y esos toltecas eran muy ricos, muy felices, nunca tenían pobreza o tristeza. Nada faltaba en sus casas, nunca había hambre entre ellos. [33]

El franciscano Fray Bernardino de Sahagún en *Historia de las cosas de la Nueva España* recoge la versión tolteca sobre esa edad en que abundaban extraordinariamente los frutos y metales y en que todos «estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna, ni había hambre».[34]

Probablemente influido por las referencias europeas a la Edad de Oro clásica greco-romana, el Inca Garcilaso en los *Comentarios reales* da igualmente una imagen del antiguo Perú como un mundo idílico perdido por la conquista. Los indios también vivían en la nostalgia de la paz y la igualdad de la era dorada destruida por la Edad de Hierro que trajeron los españoles, según testimonia Felipe Huamán Poma de Ayala en *Nueva crónica y buen gobierno.*

[33] *Roberto Godoy y Angel Olmo en* Textos de Cronistas de Indias y poemas precolombinos *(Editora Nacional, Madrid, 1979) recogen algunos de los cantos náhuatl que recopilara Manuel León Portilla.*

[34] *Fray Bernardino de Sahagún,* Historia de las cosas de la Nueva España *(Editorial Porrúa, México, 1979); Libro III, cap. 3.*

Pedro Mártir en sus *Décadas del Orbe Novo* hace admiradas referencias al uso que los aztecas hacían del cacao como moneda para adquirir cosas y exclama que esa era «una moneda feliz», porque no puede guardarse como el oro y porque se utiliza simultáneamente para preparar bebidas:

> Oh, feliz moneda, que proporciona al linaje humano tan deliciosa y útil poción y mantiene a sus poseedores libres de la infernal peste de la avaricia, ya que no se te puede enterrar ni conservar mucho tiempo.[35]

Estas afirmaciones no deben extrañar, porque en el momento de la conquista de América sigue primando en España la mentalidad medieval de la teología escolástica que predicaba contra el dinero y el préstamo a interés y tenía un ostensible desdén por el comercio que era ocupación de ligures, lombardos, flamencos, *ginoveses* y judíos. No es exagerado decir —como hace Mariano Picón Salas— que «el español ama más la aventura de buscar la riqueza que la especulación económica» y que «la economía del conquistador es una economía de aventura, poco organizativa y de simple predación»,[36] a la que no es ajena una secreta *mala conciencia.*

En el febril rastreo de El Dorado en los siglos XVI y XVII se repite el esquema. Expediciones como las de Jiménez de Quesada, Gonzalo Pizarro o la más conocida de Lope de Aguirre terminan en la sublimación del despropósito inicial a través del choque con una dura realidad. Es como si el oro mismo se hubiera metamorfoseado. No se trata únicamente de su valor material, tal como podría ser evaluado hoy en día, lo que está en juego, sino el símbolo en que ese oro se va encarnando a medida que el viaje progresa. El oro es una meta y no un objeto cuantificable.

América, entre el botín y el prodigio

Es bueno recordar que el mismo *vellocino de oro* había constituido un ejemplo de metal transformado por la propia empresa que lo buscaba. Para Jasón y los Argonautas, el valioso metal que los llevó a cruzar el límite del Ponto Euxino se transforma en el trofeo que corona un esfuerzo y en el símbolo del premio que reciben por haberse aventurado en lo desconocido.

Más claramente, la metamorfosis del oro se opera en la búsqueda del cáliz del Santo Grial que la tradición medieval cristiana recoge de una leyenda germánica. Del valor material de la joya que buscan los sucesivos Caballeros que encarnan literariamente la empresa, se va pasando al símbolo milagroso en cuyo contenido el hombre cree encontrar la inmortalidad. En la versión más conocida de las aventuras de Perceval, en *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes, los obstáculos que deben irse franqueando —la tierra yerma *(Gasta foret),* el río infernal, el jardín del Edén (país de Galvoie)— consti-

[35] *«Me parece que nuestros isleños de La Española viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, viven sin solicitud acerca del porvenir», añade Pedro Mártir de Anglería* (Décadas del Orbe Novo, *José Porrúa, México, 1965; Década I, Libro III, capítulo VIII) recordando los tiempos en que los mortales no andaban con «el dame y el no te doy». Los indios americanos no andan entre ellos con «el mío y el tuyo».*

[36] *Mariano Picón Salas.* De la conquista a la independencia. *Fondo Cultura Económica, México, 1967, p. 59.*

tuyen no sólo las sucesivas pruebas iniciáticas del valor personal del Caballero, sino estadios de la transformación de la esencia de ese cáliz de oro. Sin esa meta *dorada* el viaje carece de objeto.

En los proyectos de la conquista americana se espera el mismo resultado: la expectativa del *botín* justifica el riesgo y parece darle razón a la pura maravilla del descubrimiento. Los reinos de oro de la antigüedad clásica reaparecen en América bajo otros nombres. El reino bíblico de Ophir, del cual se habla en *El Libro de los Reyes* y adonde Salomón mandaba sus naves para buscar oro, es el territorio que cree haber descubierto el navegante portugués Alburquerque cuando habla del «Reino de Monomotapa». Al valor crematístico del oro como metal, se suma la ambición de la conquista de un territorio representado en la imaginación como una suerte de paraíso pagano donde se mantiene fijada, desde tiempo inmemorial, una «edad feliz».

Es inútil escamotear el doble sentido que tiene el oro en la conquista de América. En la perspectiva de la síntesis de una ambición que va más allá de la simple cotización bancaria del metal a que ha sido limitada la conquista por una visión economicista y reductora de la historia, deben leerse las Crónicas de Indias de las expediciones que siguen los indicios de las leyendas sobre tesoros y ciudades doradas, llámense El Dorado, la Ciudad de los Césares, el Paititi, el Cerro de Plata o el Tesoro del Rey Blanco. Es lo que Ernst Bloch llama las «utopías geográficas» en *El principio esperanza,* esa «mezcla ambigua de la búsqueda del Oro como metal y la Edad de Oro como paraíso perdido». En nombre de esas utopías geográficas se organizan las expediciones, «al final de las cuales se encuentran a la vez el botín y el prodigio».[37]

El oro botín y el oro prodigio son el motor de las empresas más descabelladas, gracias a las cuales se acelera el proceso de descubrimiento y conquista de los territorios más aislados de América. El *Pirú* del que oyen hablar Pizarro y Almagro, la sierra de Meta en Guyana, el lago de Parimé, sirven de pretexto a expediciones al cabo de las cuales puede descubrirse un imperio, como sucede con el inca por parte de Pizarro, pero también abrirse el camino al delirio megalómano de Lope de Aguirre en la selva amazónica o a los fantasiosos decretos por los cuales se nombre a Pedro de Orsúa como Gobernador y Capitán General de El Dorado.

Pero como una curiosa burla del destino, cuando en 1527 los españoles oyen hablar por primera vez de la leyenda indígena sobre «el hombre Dorado», la historia precolombina americana ya ha borrado sus rastros. En efecto, cuando los españoles llegan a Vélez en Nueva Granada (Colombia), los indios guatavitas —que al parecer introducían a sus caciques en una ceremonia en el centro de una laguna montañosa a la que arrojaban objetos de oro y bañaban a su jefe cubierto de pies a cabeza con polvo de oro— ya han sido exterminados por los indios muysca de Bogotá. El reino de El Dorado ya es *pasado* cuando ingresa en la historia del imaginario colectivo hispánico. Es un paraíso que está perdido antes de haber sido encontrado.

El conquistador ha llegado *también* tarde a América y no puede creerlo y menos aún aceptarlo. De ahí que el mito reaparezca como un fantasma errante en los territorios

[37] *Texto de Ernst Bloch citado en la nota 1.*

más diversos reactualizado con nombres diferentes, pero evocadores siempre del mismo anhelo de llegar a arrebatar el trofeo escamoteado detrás de las leyendas reiteradas, cuando no de las mentiras de los indígenas que deliberadamente desorientan al hombre blanco. De ahí también esa multiplicación alocada de expediciones, no sólo españolas, sino alemanas, como las de Ambrosio Delfinger y Bartolomé Seyler, inglesas como la de sir Walter Raleigh, los informes diplomáticos de cancillerías de países europeos como Francia y Holanda y los conflictos fronterizos en los territorios que unos y otros ocupan en nombre del ubicuo reino del oro. La tradición histórica se nutre de la fábula geográfica, de las leyendas indígenas y de los viejos mitos europeos. Todos ellos conforman esa mezcla ambigua definida por Bloch: el oro botín, y el oro prodigio; el metal y la Edad de Oro perdida; lo real y lo ideal siempre confundidos.

Nada más acertado que estas palabras para definir el signo del descubrimiento y la conquista de América: el doble *espacio* en que se expresa el oro mítico, El Dorado y la Edad de Oro que superviven en la Tierra Prometida. Un dualismo que ha marcado con sus contradicciones los casi quinientos años de historia del continente y que hoy nos permite entender mejor el sentido de la profecía de Séneca en *Medea:* el simultáneo lamento por la pérdida irremediable de la felicidad y el alborozado anuncio de nuevos orbes, tristeza y alegría que marcan indisolublemente el destino de una región que todavía no ha resuelto cuál de las facetas del mito áureo la definen mejor a sí misma y frente a los demás.

Fernando Aínsa